Capítulo 4

LA EXPERIENCIA CRISTIANA DE DIOS: «SE ALEGRARON LOS DISCÍPULOS AL VER AL SEÑOR» (Jn 20,20)

El hecho de que hayamos tomado como base principal para la descripción de la experiencia de Dios relatos y testimonios procedentes de la experiencia cristiana o asumidos por ella, hace que en lo que hemos dicho hasta ahora hayamos hablado ya de la experiencia cristiana de Dios. Pero, en lo anterior, nos hemos referido sobre todo a aspectos que la experiencia cristiana comparte con la experiencia de Dios tal como aparece en las religiones de la humanidad. De ahí que creamos útil terminar nuestra reflexión refiriéndonos a algunos rasgos concretos que reviste la experiencia de Dios realizada en el seno de la tradición cristiana.

Es un hecho, puesto de relieve por quienes se han ocupado de los orígenes del cristianismo, que éste, como fenómeno histórico, tiene su origen en la experiencia pascual de los discípulos de Jesús de Nazaret, es decir, en el encuentro de éstos, tras la muerte de Jesús en la cruz, con Jesús resucitado, con Jesús reconocido como Señor[1]. En efecto, comienza a haber cristianos cuando, tras la dis-

1. La experiencia pascual, dice por ejemplo M. Goguel, constituye el «acta de nacimiento del cristianismo»; con ella se produce la creación de un «objeto religioso nuevo» (*La naissance du christianisme*, Payot, Paris, 1946, pp. 41-51). Para más datos y referencias sobre esta cuestión, me permito remitir a mi estudio «Jesús de Nazaret, fundador del cristianismo, y los fundadores de otras religiones», en *Jesucristo, hoy*, Universidad Complutense, Madrid, 1989, pp. 43 ss. Para el conjunto de la relación entre experiencia religiosa y cristia-

persión de los discípulos que produce la pasión y la muerte de Jesús, él va saliéndoles al encuentro, llamando a cada uno por su nombre —María, Pedro ¿me amas?, Tomás—, reuniéndolos en una nueva comunidad, y ellos van respondiendo a esa iniciativa, a esa llamada, reconociéndole como el Señor: ¡Maestro, tú lo sabes todo!, ¡es el Señor!, ¡Señor mío y Dios mío!

¿En qué consiste ese encuentro? Desentrañar toda la riqueza de aspectos que comporta exigiría una lectura detenida de todos los momentos y aspectos del hecho cristiano y su surgimiento reflejado en los escritos del Nuevo Testamento[2]. Aquí nos contentaremos con exponer los rasgos esenciales de lo que nos parece la estructura de ese hecho que supuso un momento de mutación en la historia religiosa de la humanidad.

Comencemos por excluir algunas visiones del hecho que nos parecen claramente equivocadas. No consistió, desde luego, en encontrarse —revivido— con el Jesús al que la muerte les había arrebatado. Ni en encontrarse físicamente con un ser humano, pero dotado de propiedades que le convertían en una aparición divina. La experiencia del resucitado se sitúa en otro régimen que la visión corporal. Se sitúa en el terreno de la fe. Los discípulos pudieron ser destinatarios de «apariciones» de Jesús después de su muerte, pero para encontrarse con el Resucitado tuvieron que creer en él como Señor, es decir, entablar con él una relación nueva que se situaba en otro régimen que la visión y el encuentro con Jesús antes de su pasión. ¿En qué consiste esa nueva relación? Tampoco consistió en aceptar, simplemente, que Jesús había resucitado, a partir del testimonio de los que lo anunciaban o de las palabras de la figura que se hacía presente en las apariciones. La fórmula «Jesucristo ha resucitado» es la expresión de un encuentro con él y no un enunciado, una verdad, cuya aceptación lo supla.

Para acercarnos al secreto de este hecho único es, sin duda, necesario situarlo en la amplia secuencia de hechos en que se inscribe, como clave para penetrar en el interior del acontecimiento que tiene lugar en las personas que intervienen en él.

nismo es indispensable referirse a X. Pikaza, *Experiencia religiosa y cristianismo*, Sígueme, Salamanca, 1981.

2. Para una visión del conjunto de la cuestión cabe remitir al tratamiento que ofrece E. Schillebeeckx en *Jesús, la historia de un viviente*, Cristiandad, Madrid, 1983, esp. pp. 351-367, con las reacciones que provocó, recogidas y discutidas en *En torno al problema de Jesús. Claves de una cristología*, pp. 103-208.

En el origen más remoto hay una expectación, presente a lo largo de toda la historia de Israel, que coincide con una experiencia compartida por la humanidad a lo largo de toda su historia. Es la experiencia del hombre de todos los tiempos que desea, que anhela una vida mejor, que aspira a una plenitud que el mundo le niega; que sueña con otra cosa que lo que la vida le ofrece. Esa experiencia ha sido en realidad el motor de la historia. Ese anhelo trabaja a todo hombre en su interior y se manifiesta en todas las religiones —pero no sólo en ellas— bajo la forma del anhelo de salvación, es decir, de una plenitud, sólo realizable más allá de uno mismo, venida de arriba, traída por un salvador[3].

Esa esperanza recorre toda la historia del pequeño pueblo de Israel. Toda ella está traspasada por la conciencia de una promesa, que va alimentando al mismo tiempo que responde a ella y que aparece bajo formas concretas múltiples: como descendencia numerosa que dará lugar a un gran pueblo; como era feliz en que todos los pueblos confluirán con sus dones a Jerusalén, la capital, convertida en luz de las naciones; como día de Yahvéh en el que él hará descender su espíritu sobre todo el pueblo; como momento en el que Dios sacará a los muertos de sus sepulcros. Toda la historia de Israel es una mirada vuelta permanentemente hacia Dios: «si los cielos se rasgasen...», «si de ellos descendiese la salvación de Dios...». Esas esperanzas se condensan en una esperanza que las resume todas: el pueblo de Israel vive literalmente pendiente del Mesías, el salvador de parte de Dios.

En tiempos de Jesús esta expectación del pueblo parece estar en carne viva, exacerbada por la situación política y social: todo el pueblo parece participar de la inquietud que revelan las preguntas de unos mensajeros de las autoridades a Juan el Bautista: «Tú, ¿quién eres?», a las que él responde: «Yo no soy el Mesías» (Jn 1,19-20). Todos los grupos: esenios, fariseos, zelotas... y el mismo pueblo llano parecen estar pendientes de alguien a quien preguntar: «¿Eres tú el que ha de venir?».

En este contexto aparece Jesús de Nazaret, de la familia de José y María en la que se cuentan otros hermanos. Un personaje suficientemente conocido para que pueda afirmarse sin lugar a dudas que existió realmente, que no es un mito ni una invención, que es un «hombre verdadero». ¿Quién es este Jesús? ¿Cómo se presenta?

3. No creo necesario observar que ese anhelo presente en el hombre da, por su propia naturaleza, muestras de ser no un simple deseo del hombre, sino el eco de una llamada, la huella de su origen, y, por tanto, enteramente «sobrenatural».

Jesús aparece predicando en el entorno de otro predicador y profeta: Juan el Bautista. Hay en él, desde el principio, rasgos que llaman la atención y que hacen que la expectación reinante se polarice hacia él: habla con autoridad, hace signos; no es, pues, extraño que suscite la pregunta que le dirige el Bautista: «¿eres tú el que ha de venir?». Pero Jesús no responde directamente. Parece que nunca utilizó para sí el nombre de «mesías». Cuando le quieren hacer rey, se retira a la soledad. Manda que no divulguen los milagros. Parece ser que se le ha sugerido que realice su misión tal como muchos la esperaban: utilizando el poder para sí y los suyos; dejando a todos boquiabiertos con sus prodigios; pero que él ha tomado y rechazado esa sugerencia como tentación.

Jesús aparece llevando una vida nada convencional para un profeta: busca las ovejas perdidas de la casa de Israel; dirige su atención a los pobres, los ciegos, los lisiados, los leprosos, los hambrientos, los pecadores, los recaudadores de impuestos, las mujeres, incluso las más marginadas, los poseídos por espíritus inmundos, la plebe. Él se llama a sí mismo Hijo del hombre.

¿Quién es este hombre? Algo más nos dicen de él sus palabras, sus enseñanzas. Porque Jesús aparece predicando, anunciando la buena noticia: «El Reino de Dios está cerca»; «convertíos y creed en el evangelio». Jesús habla de Dios con palabras y con gestos que son tan elocuentes como sus palabras. Y habla de Dios de una forma nueva. Vive en su presencia, le invoca, le conoce, le obedece, se fía de él, le trata como Padre y le invoca como *abbá*. Realmente, «Jesús es la persona para la que Dios ha sido Dios como no lo ha sido para nadie». El profeta Jesús se presenta como un verdadero creyente. Por eso un texto posterior le llamará «pionero y consumador de la fe» (Heb 12,2),

Una originalidad evidente de la predicación de Jesús es hablar de Dios hablando de su Reino. Así se inscribe en la concepción de Dios propia del Antiguo Testamento. Un Dios con presencia e influencia social. Que reúne a un pueblo, lo libera, lo guía, lo salva. Un Dios que ha ligado su causa a la causa del pueblo y en especial a la causa de los pobres. Así se refiere a textos de Isaías como cumplidos en su persona: «me ha enviado para anunciar la buena noticia a los pobres», «para curar los corazones desgarrados, para liberar a los cautivos, para hacer ver a los ciegos» (Lc 4,18-19; Is 61,1-2). Así queda patente el significado de su predicación del Reino: es la proclamación de una nueva sociedad constituida según la voluntad y los designios del Padre. Una nueva sociedad compuesta por personas que creen en Dios como Padre,

se confían a su bondad, acogen y aceptan su voluntad y viven de acuerdo con los nuevos valores resumidos en el sermón del monte.

Pero Jesús no sólo predica el Reino como algo futuro, inminente. Lo hace presente como una situación ya inaugurada y ligada a su persona. Los indicios de esta relación del Reino con su persona son muy numerosos: la autoridad de Jesús ante la ley: «se os ha dicho, pero yo os digo»; la realización de signos que muestran que la bondad, la misericordia y el perdón de Dios están ya presentes en él; la celebración de banquetes a los que son invitados los excluidos; la llamada incondicional a seguirle; el uso del «yo soy» reservado a Dios, etc. Todos estos indicios muestran el significado que tenía el título de Hijo del hombre con que Jesús se designaba, título que también tenía connotaciones mesiánicas.

La unión de las dos series de datos que acabamos de ofrecer: Jesús no se dice Mesías y Jesús predica el Reino ligado a su persona, tal vez nos ofrezcan una pista para acercarnos al misterio de Jesús. Jesús no ha dicho: «yo soy el Mesías» por no alentar los mesianismos políticos tan frecuentes en su tiempo. Su nueva representación de Dios comporta una nueva realización del mesianismo y de la salvación. No bajo la forma del poder, sino bajo la forma del amor que se entrega, de la donación de sí como rescate para la salvación.

Esto, por otra parte, permite comprender el curso de los acontecimientos de su vida. La predicación de Jesús le lleva a entrar en confrontación con los poderes fácticos de su tiempo y con las mismas expectativas del pueblo. Este enfrentamiento es el que conduce a Jesús a la condena de la muerte en cruz. ¿Comprendió esto así Jesús mientras vivía? Hay indicios de que sí, porque el enfrentamiento que provoca su misión tuvo que llevar a Jesús a contar muy pronto con la posibilidad de la muerte, y es normal que hiciese de este hecho una «lectura teológica» que pudo concluir en la atribución a su muerte —entrega de la propia vida como rescate por muchos— de una virtud expiatoria.

En todo caso, esa es la conclusión a la que llegan los discípulos después de la muerte de Jesús. Por eso el momento clave de toda la historia narrada en el evangelio es la muerte de Jesús en la cruz. ¿Será verdad que en Jesús se ha hecho presente el Reino de Dios, que en él las esperanzas de Israel y las de los hombres van a tener perfecto cumplimiento? Los relatos de la pasión remiten constantemente a Dios como el único que puede dar respuesta a esta pregunta decisiva. Cuando Jesús está en la cruz, el pueblo se dice: «salvó a otros, que se salve a sí mismo si es el mesías de Dios»; «si

tú eres el rey de los judíos, sálvate a ti mismo»; «¿no eres tú el mesías? sálvate a ti mismo y a nosotros» (Lc 23,35-36.39). La respuesta de Dios a Jesús parece ser la clave del misterio de Jesús. Ahora sabremos, por fin, si es o no el Mesías.

El hecho es que Dios, aparentemente, calla y hace sentir al Mesías su abandono. Por eso con la cruz todo parece terminado. Los discípulos, congregados por Jesús en torno a sí como primicias del Reino, se dispersan. Las esperanzas que había suscitado el profeta de Nazaret parecen haber quedado frustradas. Los discípulos de Emaús resumirán la situación: «nosotros esperábamos...».

Así habría terminado la historia de Jesús si todo hubiese terminado en la cruz. Pero en ese momento interviene un acontecimiento nuevo. Muy poco después de la muerte de Jesús, encontramos de nuevo a los discípulos reunidos en Jerusalén anunciando que Jesús, al que habían crucificado, vive con una vida nueva, la vida de Dios que le ha hecho Mesías y Señor. No sabemos cómo ocurrió el hecho que los evangelios nos narran. Sabemos que los discípulos, comenzando por las mujeres, Pedro, los once y otros «han visto al Señor», se han encontrado con él y la verdad es que, aunque no sepamos cómo ocurrió el acontecimiento, sólo una experiencia así explica el cambio operado en los discípulos.

¿En qué consiste ese encuentro? Ahora sí disponemos de claves para comprenderlo. Consiste, en primer lugar, en la experiencia de que la esperanza, el estado de expectación en que vivían, ha tenido la respuesta definitiva de Dios en Jesús. La experiencia de que en él: su vida, su pasión, su muerte, se ha hecho presente para ellos Dios y su salvación; que en él se ha inaugurado el reinado de Dios, que en él se ha consumado la alianza de Dios con su pueblo; en él el Dios que había prometido «yo seré vuestro Dios» ha comenzado a ser «Dios con nosotros»; en él se ha producido la reconciliación con Dios y la efusión de su Espíritu sobre toda carne; en él Dios ha iniciado el cumplimiento de su promesa de sacarnos de nuestros sepulcros.

Es evidente que lo central de este encuentro es una nueva experiencia que orienta, como única explicación posible a un acontecimiento. *Experiencia,* porque los discípulos, agraciados con la efusión del Espíritu, ayudados por la meditación de la Escritura, guiados por la enseñanza de Jesús durante su ministerio, iluminados por algún tipo de cristofanía como las contenidas en los relatos de las apariciones, han reconocido en Jesús al Señor presente entre ellos, se han sentido amados y le han correspondido con su

amor, se han sentido llamados y le han respondido, es decir, se han convertido y han creído en él con todo el corazón. *Nueva* experiencia, porque, negativamente, lo decisivo no ha sido la visión, ya que el Señor no estaba ligado a las condiciones espacio-temporales, no se daba a percibir más que a los testigos elegidos por él, no se dejaba apresar por los recursos de los sentidos humanos. Y nueva, positivamente, porque respondía a las preguntas a las que ninguna presencia puramente humana es capaz de responder, saciaba anhelos que ninguna persona humana es capaz de saciar, introducía, ya desde este mundo, en un orden de ser nuevo, en el ámbito de la salvación.

Tal experiencia es a la vez experiencia de Dios y de Cristo; experiencia de Cristo como revelación de Dios. El Dios que, contando con los oídos para su Palabra que él mismo ha puesto en el hombre, había hablado por medio de la naturaleza, los acontecimientos de la historia, la voz de los profetas, habla al final por el Hijo, imagen de Dios invisible, rostro de Dios vuelto hacia los hombres. Pero sin que esta revelación definitiva desvele para el hombre el misterio de Dios. Jesús, en quien los discípulos reconocen a Dios, es sacramento de su presencia invisible, no su visibilización inmediata, que requiere para transparentar a Dios la actitud de la fe. Por eso «les conviene a los discípulos» que Jesús se vaya; el momento definitivo de la revelación en la cruz supone que les sea retirado del alcance de sus sentidos; y cuando se les da a ver ya resucitado, no se deja apresar ni retener por ellos; se les aparece en un claro-oscuro que exige la decisión de sus testigos para ser reconocido; y cuando el reconocimiento se ha producido, la imagen se disipa dejando sólo tras sí en el corazón de los discípulos las huellas de su paso. La nueva experiencia de Dios en Jesús requiere de los discípulos y opera en ellos una radical conversión de la mirada y, más profundamente, del corazón, que se manifiesta en el «es necesario que el Hijo del hombre sea entregado»; «¿no era necesario que el Cristo padeciera esto?». En efecto, en estas expresiones se contiene la inversión de las expectativas de un mesianismo poderoso a una comprensión del Mesías como revelación de un Dios amor que se entrega a sí mismo, que es la expresión, en el caso de Jesús, de la «inversión intencional» que reina en el mundo de la fe y la experiencia de Dios. Pero la experiencia cristiana de Dios contiene un nuevo elemento al que hemos aludido y en el que es necesario detenerse. Es la experiencia del Espíritu.

El Espíritu Santo es la raíz de la experiencia cristiana: nadie puede decir Jesús es el Señor si no es por el Espíritu (1 Cor 12,3);

gracias al Espíritu podemos clamar *abba,* ¡Padre! (Rom 8,15); sin la transformación del corazón que supone la donación del Espíritu los discípulos no habrían podido reconocer al Resucitado; y es la raíz, porque la donación del Espíritu es la culminación de la revelación-donación de Dios al hombre. En la donación del Espíritu, Dios se hace don que transforma el interior de la persona, le concede la condición de hijo en el Hijo, y la deifica haciendo realidad la promesa antigua: *salus tua ego sum, dicit Dominus,* tu salvación soy yo mismo. El don del Espíritu se expresa y se desgrana en la entrega de sus dones (1 Cor 2,4) que operan en el creyente los frutos que permiten la «vivenciación», es decir, la toma de conciencia y la experiencia de esa Presencia: «amor, alegría, paz, tolerancia, amabilidad, bondad, fe, mansedumbre, dominio de sí mismo» (Gál 5,22). El Espíritu otorga al que cree en el resucitado la nueva vida espiritual, resucitada, que le hace participar de la resurrección.

Naturalmente, por ser la experiencia del Espíritu la raíz y la consumación de la experiencia de Dios, es ella la que anima al pueblo congregado por Jesucristo. Ella es la que le otorga la diversidad de dones que hacen posible su riqueza en el interior de su unidad. Pero siendo el Espíritu la culminación de la revelación-donación de Dios, su presencia no se limita a la visibilidad de esa Iglesia, sino que actúa en todos los hombres, de forma más o menos visible, y ofrece a todos la posibilidad de que «se asocien al misterio pascual» *(Gaudium et spes)*[4].

De esta experiencia radical y del contacto con las escrituras surgirán las primeras formulaciones del mensaje cristiano, comenzando por el anuncio mismo de la resurrección. Gracias a este anuncio y a estas formulaciones tenemos nosotros acceso a Jesucristo y podemos, por nuestra parte, hacer la experiencia de la fe, como condición indispensable para ser cristianos.

¿En qué consiste nuestra experiencia cristiana de Dios? Algunas expresiones mal entendidas de la Escritura han podido llevarnos a comprensiones desvaídas de esa experiencia, que necesitamos superar. «Porque me has visto, Tomás, has creído; bienaventurados los que sin ver creyeron» (Jn 20,29). El sentido de esta expresión no consiste en atribuir a los apóstoles un contacto experiencial con el Resucitado que se opondría al que podemos tener las generaciones posteriores de creyentes, que se reduciría a la fe entendida como el asentimiento a su testimonio. Ni la visión de los apóstoles excluye o sustituye la fe —más bien puede decirse que vieron porque creyeron—, ni nuestra fe está privada de experiencia. Una fe desprovista de toda experiencia no sería fe. La fe «necesita experiencia» y la comporta necesariamente. Creer en Jesucristo es encontrarse efectivamente —aunque bajo la forma que corresponde a un ser que vive la vida de Dios— con él. Pocos textos expresan tan bien, al mismo tiempo, el carácter de experiencia propio de la fe y lo característico de esa experiencia, como el texto de la primera carta de Pedro: «Por ello vivís alegres, aunque afligidos algún tiempo, a causa de tantas pruebas. Pero así la autenticidad de vuestra fe... será motivo de alabanza, gloria y honor el día de la manifestación de Jesucristo, a quien no habéis visto, pero amáis; sin verlo, creéis en él, y os alegráis con un gozo inefable y radiante...» (1 Pe 1,6-8). Se trata, ciertamente, de una experiencia: «creéis, amáis, os alegráis», pero de una experiencia en la fe: «no le veis».

Para la realización de esta experiencia cristiana de Dios se requieren muchos pasos: es indispensable actualizar en nuestro interior la dimensión de profundidad, que despierte en nosotros la huella de Dios que él mismo ha puesto en nosotros como «oído» para la Palabra. Se requiere después el anuncio de Jesucristo, la puesta en contacto con esa Palabra. Pero es indispensable, además, el contacto personal, el encuentro vivo del creyente con la persona «objeto» de ese anuncio. ¿Cómo se produce ese encuentro? Es muy posible que la frecuentación de los evangelios, la contemplación de los misterios de la vida de Jesús, produzcan en una persona predispuesta la convicción íntima —presente en no pocos de los interlocutores de Jesús en el evangelio— de que Jesús es verdaderamente el que estamos esperando, de que nunca nadie ha hablado como él, de que nadie ha presentado un rostro tan amable; es posible, incluso probable, que esa contemplación produzca sentimientos de admiración, de paz, de gozo, incomparables a los producidos por cualquier otra persona. Pero la experiencia de Cristo como revelación de Dios no se reduce a eso. Consiste, además, o consiste más bien, en reconocer en él: su vida, sus palabras, sus actitudes, la donación de Dios, su sí definitivo, su amor sin límites hacia nosotros, y en confiarle esa entrega absoluta y ese amor con todo el corazón que sólo Dios merece y que sólo él no defrauda, y este reconocimiento es lo que es posible gracias al

4. Cf. X. Pikaza, *o. c.*, pp. 439-465; J. L. Ruiz de la Peña, *El don de Dios. Antropología teológica,* pp. 402-406; K. Rahner, *La experiencia del Espíritu, loc. cit.*, además de las obras bien conocidas de H. Mühlen, Y. Congar y A. Schweizer. También es útil en su brevedad, J. Kremer, *Pentecostés, experiencia del Espíritu,* Secretariado Trinitario, Salamanca, 1978.

nuevo principio de vida que es Dios mismo, su Espíritu derramado en el corazón de los creyentes.

La conversión interior, el cambio de corazón que supone esta experiencia contiene numerosos aspectos y puede dar lugar a múltiples expresiones: «Señor mío y Dios mío» (Jn 20,28); «Señor, tú tienes palabras de vida eterna» (Jn 6,68); «Señor, qué quieres que haga» (Hch 22,10); «yo sé de quién me he fiado» (2 Tm 1,12); «nosotros hemos creído en el amor» (1 Jn 4,16). En todas ellas se expresa, en relación con Jesucristo, con el Señor revelado en Jesús, la misma orientación definitiva de la propia vida, la misma entrega de sí mismo, el mismo sometimiento incondicional que describimos en la actitud teologal; además, esta entrega repercute en la conciencia y en la afectividad de la persona con los sentimientos de paz, gozo, que reflejan todas esas expresiones. Pero con todo, la expresión más adecuada de la conversión del corazón se manifiesta en la adopción de una forma de vida que reproduzca la vida de Jesús en la que Dios se nos ha revelado. Es decir, que la experiencia de la fe en Jesucristo se consuma en el seguimiento de Jesús. La experiencia cristiana de Dios no se realizará, pues, exclusivamente, ni en los sentimientos ni en unos actos religiosos, separados de la vida y paralelos a ella. Se encarnará, sobre todo, en una determinada forma de vivir que reproduce la forma de vivir que Jesús ha instaurado como realización del Reino de Dios. Y como lo esencial de la forma de vida de Jesús se resume en su ser para los demás manifestado en el amor y en el servicio, la experiencia cristiana de Dios tendrá su manifestación más auténtica en el servicio y el amor a los hermanos. Por eso cuando Jesús quiere enseñarnos cómo reconocer su presencia, la presencia de Dios en él, nos remitirá a la escucha de la palabra, al cumplimiento de su voluntad y la atención a los más necesitados: «tuve hambre y me disteis de comer...». Jesucristo, sacramento de Dios, se prolonga así en el sacramento del hermano como lugar privilegiado para el encuentro con él y en él con Dios.

Así, la experiencia cristiana de Dios comporta la síntesis de dos dimensiones ineludibles: la dimensión mística que se actualiza en la relación y el encuentro personal gracias al Espíritu con Dios en Jesucristo, camino hacia el Padre, lugar y sacramento del encuentro con él. Y la dimensión práctica que comporta la encarnación en la propia vida de las actitudes, sentimientos y comportamientos de Jesucristo. Basta tomar conciencia de la dimensión estructural y social del amor efectivo a los hermanos para que esta dimensión práctica adquiera un alcance que sin extrapolación podemos llamar político.

Esto explica que las más altas experiencias de Dios en los místicos cristianos se hayan caracterizado por la referencia a la humanidad de Cristo[5] y por poner los criterios de autenticidad de esa experiencia, no en los signos extraordinarios ni en las repercusiones afectivas, sino en la conformidad con la voluntad de Dios, en la práctica de las virtudes y, sobre todo, en el amor al prójimo.

Concluyendo, la experiencia cristiana de Dios, que parecería acercar a Dios hasta los límites de la visibilidad y la experiencia inmediata, se nos presenta, como toda experiencia de Dios, como experiencia necesariamente sacramental y mediada: en Jesucristo, sacramento originario de Dios, en la Iglesia continuadora sacramental de la presencia del Señor en la historia, cuerpo histórico de Jesucristo en el mundo, en la celebración cultual de su presencia, en la escucha de su Palabra y en la forma de vida, la práctica del amor y el servicio a los hermanos. Así, la experiencia de Dios, surgida en el centro de la persona, está llamada a transformar el conjunto de la vida y a desplegarse en el ejercicio de todas sus facultades y en todos los acontecimientos y todas las experiencias, incluso las más ordinarias de la vida.

5. Cf. san Juan de la Cruz, 2S 22; santa Teresa, V 22.